

Ovación Internacional

“[Carlos José Pérez Sámano] es un escritor de muchos dones, su olfato para la historia no contada tendrá a los lectores musitando ‘¡hmm eso es interesante!’ Evita temas desgastados, morales fáciles, y sabidurías convencionales, alentando a sus lectores de repensar y pensar diferente... Algunas narraciones son una obra maestra en el arte del cuento”

-New York Times Book Review

“Lo que hace a [Carlos José Pérez Sámano] tan extraordinario es su habilidad de enfocarse en cualquier tema desde lo arcano hasta lo aparentemente banal, investigálo con penetrante inteligencia y con apasionado compromiso, después entrelázalo con otras ideas y temas que podrían no estar relacionados hasta que él sutilmente ilumine su relevancia. El resultado es asombroso”

-Boston Globe

“[Carlos José Pérez Sámano] quizás podría hacer interesante a un sacapuntas, si se le da la tarea. Siempre es un autor accesible y provocativo.”

-Guardian

“[Carlos José Pérez Sámano] siempre ha tenido un buen ojo para una buena historia, pero en la revista *Quinqué* obtuvo la confianza de usar estas historias para decir algo más acerca de la cultura de lo que nos rodea”

-Los Angeles Times

“Este libro lleno de pequeñas piezas narrativas es una colección que juega a las fortalezas del autor. Subraya la forma de encontrar temas peculiares y usar cada uno como una puerta a un entendimiento más profundo”

-New York Times

“Son las cualidades narrativas de [Carlos José Pérez Sámano] y su ojo por el drama humano en el corazón de sus inquietudes lo que hacen irresistibles a estas historias... La clave para su popularidad es su tono. Nunca se presenta como el experto que es dispuesto a compartir su vasto conocimiento con sus lectores afortunados. Él se presenta como cualquier otro, que dedica un poco más de tiempo y de manera más ardua en pensar sobre las cosas”

-Sunday Times (Londres)

“Como escritor [Carlos José Pérez Sámano] a cubierto una maravillosa y rara gama de historias y estos cuentos demuestran que (a) realmente cree que todos tienen una historia que contar, y que (b) él es tipo de escritor que puede hacerlas fascinantes y relevantes. Estas narraciones son un cúmulo de temas curiosos que van desde lo increíble, lo banal, hasta lo verdaderamente absurdo, sin perder un pisco de realidad”

-Sunday Mail (Australia)

“[Carlos José Pérez Sámano] puede escribir vastamente sobre cualquier cosa... Tiene un don para capturar personalidades, un ritmo cortazariano que se transluce a toda su obra. Adora empezar una pieza poniéndote cómodamente en tu sofá de ideas presupuestas, y después te deja azotar al retirar el mueble sorpresivamente”

-Forbes

“El estilo de [Carlos José Pérez Sámano] tiene cualidades de los mejores escritores. Es platicador, travieso, y amistoso. Leerlo es como tener una conversación con alguien muy inteligente y cómico junto a la fogata. Desafía tus preconcepciones, y no da nada por hecho, explorando profundamente una serie de temas”

-Daily Telegraph

“Hazte un favor y consiéntete con estos cuentos esta semana: Es más entretenido y edificante de lo que debería ser legal para cualquier libro”

-Washington Post

“Uniformemente encantador”

-Wired

*Ninguna de estas notas se refieren al libro que usted tiene en sus manos.
Y a decir verdad, tampoco a su autor

Cuentos desde Aquí

Carlos José Pérez Sámano



Nota innecesaria del Editor

Este libro estuvo a punto de no salir, durante tres años, mucho antes que el autor se fuera a África (tema de su segundo libro también editado por esta casa editorial) dormía el sueño de los justos, esperando que Carlos se acordara de él, y finalmente cuando se acordó que se conciliara con su antiguo ser escritor, en un arranque de pena estuvo a punto de tirarlos juzgándolos por malos y casi se daba por derrotado de su objetivo de querer publicar un libro al año. Hice mis intentos por animarlo y quizás la publicación de este libro hace un eco de eso, sin embargo el crédito es todo suyo, él fue quien se puso a la tarea de escribir diario, de ejercitarse en el arte de escribir, hasta que estuvo listo para enfrentarse a sus cuentos, ya que no hay cuento malo, solo hay cuento mal contado.

Este libro estuvo a punto de no salir, el archivo de los cuentos se enviruló y fueron días de sentarnos frente al ordenador a repensar, a reimaginar lo que se había escrito y tratar de replicarlo, un ejercicio interesante pero innecesario para los fines, por fortuna nuestra incompetencia de no poder replicar lo ya hecho nos hizo indagar en todo correo-e, whatsapp, inbox y cuanto medio electrónico existiera para rastrear alguna versión que se hubiera mandado a una amiga, a un camarada, periodista, o lo que sea, se tenía la noción de que a alguien se le había mandado, una noción que resulto cierta.

Este libro estuvo a punto de no salir, pues con qué recurso lo íbamos a imprimir, y ahí es que entran ustedes, maravillosos y aventurados lectores, una vez más, así como con *África: Sueño de Sombras Largas* (2012), nos muestran que en este país sí se lee y que están dispuestos a dar lo necesario para ello, y gracias a ustedes y su inmensa generosidad es que este libro que estuvo a punto de no salir ya salió y ahora están a punto de leerlo.

Cuentos desde Aquí

© D.R. Carlos José Pérez Sámano

Primera Edición, 2014

Edición, Cuidado y Diseño

Javier Villanueva

javerovil@gmail.com

Corrección

Gela Sámano Álvarez

Portada

Iván Nolasco (Boli El Ilustrador)

Texto de Forros

Jazmín González

Prólogo

Gilberto Prado Galán

ISBN: 978-607-96411-1-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin la autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

Impreso y hecho en México

A Val Fim,
por haber sido
la mejor compañera...

...hasta ahora.

Agradecimiento Especial a Colaboradores.

Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo de miles, sino es que cientos, o incluso, tal vez sólo decenas de personas que amablemente y contra su voluntad, formaron parte de este pequeño gran proyecto.

No me queda nada más que agradecerles a cada uno en general y a todos en particular su gran colaboración. Para el mundo del arte, harta gente como ustedes es necesaria. Un abrazo y muchas, de verdad, muchas gracias.

Ana Abascal
Carlos Gonzalez
Christina Darvasi
Diana Aguilar
Fabián Alvarez
Felipe Villaseñor
Fher Franco
Gela Pérez
Heidi Cerecedo
Helena Manzo
Javier Alonso
Jessey Trujillo S
Jorge Kareh

Juan C. Gallardo
Julian Lomelin
Laura Gómez
Lucero Díaz
Luciana Villegas
Luis Max Lm
Maru Sámano
Miguel A. Castro
Mónica Mares
Nabila
Paola Correa
Pedro J. Fernández
Perla Pérez Verduzco

Ricardo Otero Cordoba	Sofi Cabrera
Rocio Barragán	Soph Salafranca
Rodrigo Rodriguez	Vic Mendoza

Pero siempre hay personas más generosas (o más ricas, o las dos) y ellos y ellas merecen un lugar especial. Así que esta pequeña lista es de aquellos y aquellas que se distinguieron por fondear de manera más sustanciosa o colaborando de manera especial. A ellos y ellas, infinitas gracias. Sigán así y el mundo será un lugar mejor.

María de los Ángeles Sámano Álvarez
Emmanuel Rojas Gutiérrez
Arturo Pérez Sámano
María García
Georgina Nagore
Veronica de la Mora
Edgardo Pérez Hernández
Ramón Cortés Sánchez Torres
Fco. Javier Villanueva Rodríguez

Y a ti,
fondeador anóni-
mo u olvidado, fondeadora
anónima u olvidada, que decidiste
ocultar tu nombre por humildad, mie-
do o auténtica generosidad, a ti que tal
vez perdí tu nombre en algún papelito o
anotado en algún lado. Tú estás en los
oscuros rincones de mi memoria, en
lo más profundo de mi corazón.
Eres parte de
Aquí.

Los desvelos de la imaginación

Gilberto Prado Galán

Cuentos desde aquí (Ad Zurdum, 96 pp.) de Carlos José Pérez Sámano se distingue por una renovación estilística y temática incesante. Desde la primera apuesta “Asiento 7 A” el autor urde el espejeo de miradas entre pasajeros que comparten vuelo con un vértigo y una angustia desesperantes. El tono de la historia, sin embargo, dista mucho de ser solemne o tedioso. En “Setecientosmilcuatro” el afán experimental extrema sus brazos y propone una escritura ceñida, enredada en una trampa que desanuda sus ardidés en el desenlace: el guiño metalingüístico campea en ésta y en otras historias del cuentario como, por ejemplo, en aquel relato donde advertimos una frustránea intentona suicida (“Remington”) o el cotejo tácito (y al final explícito) de la piel porcina y marital palpada por un enjundioso cornudo (“Bacon and Paper”).

En otras piezas verbales sobresale la sensación de pérdida o el equívoco como estrategia literaria funcional que potencia el remate de la historia. Un nítido ejemplo es “La puerta se abrió despacio”.

Uno de los cuentos más estremecedores, tejido sobre la base de esa figura retórica llamada hipérbole es, quizá y sin quizá, “Ponte en mis zapatos”. Se trata de un delicioso elogio a la empatía y, además, en esta urdimbre es perceptible el aprendizaje del autor en su periplo por diversas latitudes del mundo (con el énfasis puesto en el topónimo Pantan): “A partir de ahí nuestra amistad tomó forma. Es decir, fuimos haciendo como un zapato de nuestra amistad. Desde recortar el cuero, es decir, definirnos cada uno de nosotros, poner límites, marcar el borde, hasta coser momentos, compartirlos, pegarlos, amoldarlos” (p.60). En otro cuento nos conmueve la persistencia vital del abuelo a dos milímetros del abismo, esa agonía que no tiene culminación inmediata. Llama la atención que, como define Julián Ríos el

ejercicio literario –escribir-, los relatos que conforman este libro poseen vasos comunicantes entre la vida y la creación o, como diría el propio autor en la franja crepuscular de su obra, entre lo Posible y lo Imaginario. Esto se advierte en “Amaneció y mi casa era la frontera”, y también se advierte un afortunado desdoblamiento de personas en personajes y viceversa, un guiño evidente a la nivola unamuniana: los personajes entablan diálogos a veces tensos, crispantes con su artífice.

Cuentos desde aquí de Carlos José Pérez Sámano es, como apunté en el umbral de este prólogo, un libro alentado por una vocación experimental que no reposa.

Asiento 7A

a Valeria Figueroa

Comienzas a oír: "¿con hielo?" y el sonido del carrito moviéndose en el pasillo.

"Un jugo de manzana" dice un pasajero dos filas atrás.

Te comienzas a despertar y antes de abrir los ojos, un leve movimiento de todo tu alrededor te recuerda que estás en un avión.

Las voces ahora son claras, también los ruidos del motor, de los vasos de plástico sobre la pequeña mesa y de las galletas al abrirse.

Llega tu turno. Abres los ojos. El carro está en el pasillo cerca de ti. El pasajero de a lado pide primero: "un jugo de manzana con un hielo grande" y tú te preguntas por qué todos están pidiendo lo mismo. *Quizás la cosecha fue de primerísima calidad esta temporada*, piensas. Sin sentirte influenciado por esa reflexión, pides tu jugo. Ya lo habías pensado

desde antes y además, siempre pides un jugo de manzana en todos tus vuelos.

Abres las galletas y ya te las has terminado. Con el jugo pasa igual: solo dos traguitos y se acabó. Ahora solo queda la basura en la ridícula mesita desplegable.

Miras por la ventana y reconoces poblaciones pequeñas. Le preguntas a la sobrecarga sobre la ubicación, pero recibes una respuesta inservible. "Estamos sobrevolando las montañas, acercándonos cada vez más a nuestro destino".

Sin saber en dónde estás, te das cuenta que mirar por la ventana es un poco inútil, que despertarte por unas galletas y un jugo, no fue lo mejor.

De pronto algo hace voltear tu cabeza automáticamente. Pero no es "algo". Es "alguien". Es "ella".

El tiempo se detiene. Tus ojos no pueden dejar de verla. El ruido del motor desaparece. Todo desaparece. Excepto ella. Está ahí. Está ahí para ti y solo tú lo sabes.

Infinito y fugaz momento.

Sus ojos, su cuerpo, su cabello, todo. Su sonrisa. Ahí está su sonrisa. *¿Cómo no la vi en la sala de espera? ¿Qué está haciendo Aquí? ¿Me habrá visto? Seguro sí me vio. Si tan solo me viera... con un instante de conexión bastaría. Sabría que aquí estoy y aquí he estado siempre. Si volteara nuestras vidas...* comienzas a poner todo tu empeño en tu mirada. ¡Tu mirada tiene que hacerla voltear! Tiene que ser fuerte, pero no incómoda. Tiene que ser exacta, precisa, justa. Una mirada poderosa que logre cambiar el curso de la historia. Piensas en lo ridículo que te ves apretando las cejas para tocarla un poco. Todo tu ser son tus ojos y esa línea invisible entre ti y su cabello. Esa línea que no será completa hasta que ella gire su cabeza hacia ti. Hasta que te vean sus ojos. Sus ojos.

Hay otra mirada a tu lado derecho. No quieres asegurarte. Solo sientes otra mirada, pero puede ser tu alucinación o tu paranoia. La sensación crece. Definitivamente, alguien te está mirando. Alguien del otro lado del pasillo. ¿Cómo tú sí puedes sentir otra mirada y ella no siente la tuya? No quieres voltear. Si

volteas, perderás la posibilidad de sus ojos. O tal vez eso ayude. Que deje de sentir tu mirada y la extrañe y te busque. Pero ¿si no? ¿Si te vas, es decir, si tus ojos se van en el momento que ella los busca?

Arriesgarse o morir. *Voy a voltear*, piensas. Solo lo piensas.

La luz de abrocharse los cinturones se apaga y el sonido ¡PING! que tanto odias te hace reaccionar. Es un hombre el que te está viendo. Un hombre del cual no puedes calcular su edad, pero que sí puedes asegurar que es un escritor. Lo sabes por el manuscrito que sostiene en su mano. “Eres un escritor” le dices en esa mirada nueva que ahora no puedes soltar. “Sí, lo soy” parece que te responde con sus ojos penetrantes, profundos, indescifrables.

No sabes en qué momento lo volteaste a ver. No sabes si te está viendo a ti o a tu pasado. Te cuestiona y responde en la misma mirada. Tienes miedo y tranquilidad. Te atraviesa y te limpia. No eres tú, es él el que te ve. Ya no aguantas más. Quisieras que no te hubiera volteado a ver nunca. Quisieras

haberte quedado en el éxtasis y duda de estarla viendo a ella. Sin embargo ahí estás. Incómodo y poderoso. Si cortas esa mirada, si terminas ese flujo de palabras sin decir, de ideas mudas, si bajas los ojos, o los lanzas a un asiento o al pasillo, habrás perdido. Y tú no quieres perder. Le sostendrás la mirada hasta que se canse. Hasta que él pierda. “Aquí estoy”, le dices. “Atrévete a voltear a otro lado” amenazas.

Nada.

No pasa nada.

Ella se ha parado. La viste de reojo.

Es ahora o nunca.

La volteas a ver o la pierdes para siempre.

Al pasar a tu lado, sabes que todo ha terminado.

Ella lo volteas a ver a él.

Él quita su mirada de la tuya para encontrar la de ella.

Se sonríen.

Ganaste.

Y perdiste. La perdiste.

Después de que ella va al baño, suena nuevamente el PING de los cinturones. Ya estás por aterrizar. Te odias.

Y yo, que soy el escritor al otro lado del pasillo comienzo a escribir este cuento. Comienzo a narrar tu ridícula historia para incorporarla a este manuscrito. Sé que ella se irá conmigo cuando lleguemos a tierra. Y tú fuiste personaje, fuiste la razón para escribir este cuento y ahora eres lector frustrado.

Yo lo sabía todo desde el principio.

Sabía que ibas a pedir jugo de manzana.

Setecientosmilcuatro

a Francisco Javier Villanueva Rodríguez

Es invierno y por lo mismo la steclas de mi maquina de escribir están pegadas. Llueve pero hacemos frío que cuando nieva. Sí, se dicen nieva y no nieva. Es como conjugar el verbo "cerrar" La puerta se cierra, no se cierra. Cerrar y nevar se conjugan igual. No estoy seguro de que la steclas estén pegadas por el frío pero es lo que supongo y mis suposiciones por lo general son acertadas, excepto cuando no. En estos casos es fácil, supones es o sea que el frío provoca eso: pegación o pegamento o pegamentación, bueno, el frío provoca que los objetos se peguen, incluso hasta las palabras. Como el hielo se pega al piso, o la lengua a la paleta helada. Los cuerpos también se pegan cuando hacen mucho frío o al menos quisieran pegarse cuando hace frío. Yo quisiera pegarme al cuerpo podíamos cuando hace frío, pero ella siempre dice que hay que irnos a trabajar. Que cuando hace frío le dan más ganas

de hacer muchas cosas. Amíno, amí cuando hace frío se me antoja que dar me pegado a ella en la cama y tomarme muy caliente. Y vétele. Casi nunca veotele, pero en los días así como los de hoy sí se me antoja. Pero tengo que ir a trabajar. Cuando digo trabajar me refiero a pasara máquina el manuscrito que recibí hace unos días. Mi esposa dice que ésto no es trabajar que soy un aficionado, así dice ella y que debería conseguir un trabajo decente o un trabajo de verdad. Pero a mí me gusta escribir. No así con las teclas pegadas porque me imagino que después, leer esto ha de ser un dolor de cabeza, pero soy escritor y nada debe de interponerse en mi camino, ni siquiera las palabras pegadas. Me gusta tanto escribir que luego hasta hablo con mi máquina. La conozco bien, muy bien, pero se me sorprende que no esté funcionando como siempre, con suchacchac de siempre y con el clac clac de la barra espaciadora. Algo extraño le pasa a mi máquina. Algo que ni yo sé qué es. Había supuesto que era por el frío, pero, ahora que lo pienso bien, supongo que puede ser por otra cosa. La he revisado, le dilavé la puse boca arriba hasta le pedí permiso en voz alta para verle

todassuspartesíntimas. Aunquenosénadade máquinas, larevisécomosisupiera, comosiyofueraunexperto, asícomounofingenserun expertocuandoexaminasatunovia. Cadatecla, cadaresortito, cadapieza. Hastaqueempecéa sentirraroslosdedos. Comoqueentreellos queríanestarmásunidos. Comoyoconmi esposacuandohacefrío. Peromisdedosno teníanporqueempezarapegarse. Yahorasse pegarontambién. Yanopuedocolocarlos tornillos, nidetenerlosresortitos. ¡Mismanos! mismanossonalgo comodossraquetasde pinpón. Noduelen, peroquéincómodo esesto, porejemploagarrarcualquiercosaorascarse. Escribirnoestándifícil porqueeldedoque sobresale, eldedo medio, eselquemeayudaateclear. Pero loquemehasorprendidomásson lospies. Laspiernasdepronto ¡Clac! semehancerradocomotijerasdepollero. Sehanquedado pegadastambién. ¡Carajo! estosíqueres doloroso, laentrepierna, yanoaguantola entrepierna, esperoque nomedenganasdeir prontoal baño, nomequieroimaginarel desastreconlasnalgaspegadas. ¿Quémeestá pasando?. ¡Losbrazos! Losbrazostambién.

Comocuandoundendarmedalaordende
firmesasuscadetes, misbrazosestánfijosamis
costados. Caídelasilla, sialguienleeesto, por
favorllameaemergencias, micaragolpeóelpiso
ysangreescurrerormifrente, estuve
inconscientenosécuantotiempo. Mesentía
comounalombtiz. Concuidadomepude
incorporarylogrévolverasentarmeescalando
lasillaconmisdientes. ¡Yanoséquehacer!
Ahoraescuchovozes, micabezameduelepor el
golpe, porlomenosyanoestoysangrandotanto,
perolavoz, hayunavoz, porunmomentopensé
queeramiesposaqueyahabíallegado, perono
haynadieenelcuarto, ¡lavozmeestádiciedo
algo! parecererunnúmero, síclaramenteesun
número. Medeboverridículoconlalenguapor
fuera comosiestuvierarechazandomimáquina
perohasidolaúnicaopciónparaescribiresto.
¡Yacállate! todavíalavozconesenúmero, no
logroentenderbienquénúmeroes, peronohay
duda, estádiciedounnúmero. Tengoun
presentimiento, mispresentimientosluego
resultansermásacertadosquemis
suposiciones, comocuandosueñasquealguien
vaamoriryese díamuere; leshapasado? Asíes

mipresentimiento. Lavozmeestádictandoese número: setecientosmilcuatro... ¡nadapasó! perosimipresentimientoeramuyclaro, por un momentopenséquesitecleaba700004 milagrosamente mi máquina de escribir se iba destrabar. ¡Oh, la gloria! ¡Mis brazos, mis piernas, mis dedos se separaron! ¡He vuelto a la normalidad! No había sido el frío como en un principio pensé, ni una falla mecánica, era simplemente que mi máquina se había puesto terca y celosa de mi esposa por haberme quedado tan pegado a ella anoche y no quería funcionar bien hasta que no mencionara (con sus propias teclas) la cantidad exacta de piezas con las que estaba hecha, esto va a ser un buen cuento, pero ya estoy cansado de tanto trabajar el día de hoy, mañana lo escribo.

Bacon & Paper

a Toño Fuentes

La cajuela de la camioneta cerró con un fuerte golpe.

El olor a cerdo era penetrante y la sangre comenzaba a secarse en su mandil blanco.

Raúl era un asesino autorizado.

Cada vez que empuñaba fuerte el punzón afilado, o que disparaba con una pistola eléctrica, y que los porcinos caían al suelo derrotados, una suave sonrisa amanecía en su cara. Asestaba con violencia y destreza al corazón del animal, disfrutaba la muerte.

El día de hoy, se sentía satisfecho. Hacía mucho tiempo que no mataba tantos puercos, que no obtenía tanta carne. Su mujer estaría contenta.

Grandes cuerpos inmóviles. Ojos marchitos, secos. Piel acartonada. Esa era su mina de oro. El colesterol, su materia prima; la grasa, su sustento.

En su casa, su dulce mujer lo esperaba.

La personalidad de Sara contrastaba con la de su marido. Ella, una mujer sensual y elocuente, él, silencioso, violento. La pareja perfecta.

Todas las tardes ella lo recibía con un abrazo profundo. En secreto disfrutaba del olor del carnicero, y mientras él se preparaba para dormir, ella lo llenaba de palabras y palabras. Le platicaba lo que había hecho en el día, lo que había pensado, lo que se había imaginado. Reía, cambiaba su tono de voz, movía las manos, gesticulaba. Raúl, la escuchaba sin mirarla. Se cambiaba de ropa, se lavaba las manos y la cara y se sentaba en la cama a observar el baile cotidiano que su esposa le ofrecía. Ella seguía hablando hasta que se le terminaban las ideas. Deshacían el amor en silencio, con violencia. Luego, dormían abrazados, enamorados, felices.

Pero hoy, algo era diferente. Una extraña sensación invadía el pecho de este profesional de la sangre.

Raúl terminó de acomodar los cuerpos de los cerdos y partió hacia su casa.

Cerró la cajuela de la camioneta con un fuerte golpe.

La chapa de la puerta se sentía tibia. El tapete estaba movido.

Raúl comenzó a subir la escalera mientras se desabotonaba la camisa.

Sonidos extraños se escuchaban desde su recámara. ¿Palabras? ¿Risas? ¿Gemidos? ¿Suspiros? ¿Lágrimas? ¿Dolor? ¿Gozo?

Avanzó de prisa, el sonido de sus botas en el piso era hueco, como su conciencia. Se detuvo en la puerta. Dudó.

No. No había duda. Su esposa lo engañaba.

Lentamente, con la calma con la que asesinaba puercos, tomó el punzón afilado y lo empuñó con fuerza. Entró.

Las hojas de papel cayeron de las manos lánguidas de ella. Raúl notó que la piel de su esposa era más suave que la de los cerdos.

Remington

a Miguel Ángel Castro

Perdí mi máquina, se fue con otro cuando dejé de usarla.

Después, sin que lo notara, casi como si no sucediera, todo me abandonaba.

Me abandonó la felicidad. Se fue y ahora me pregunto si algún día la conocí. Solo tengo recuerdos de la alegría en otro pasado, de pequeños fragmentos de memoria que también se diluyen entre lo que creo que es real y lo que estoy seguro que no existe, trozos de nostalgia esfumándose, fundiéndose con este humo de mi cigarro que se apaga como también se apagará el universo algún día, alguna noche. Se me fue escurriendo la sonrisa por el cuello, después, por los hombros y los brazos, hasta salirse completamente por los dedos. Quedé seco. Sin felicidad, sin sonrisa, sin momentos. Seco.

Después, el cuerpo. Mi propia carne bajaba

al suelo. Como las hojas en octubre, quedé en huesos. La humedad me abandonaba evaporándose hacia otros cuerpos.

Ahora se han ido también las ilusiones, los dientes y la memoria.

Lo único que me queda es la muerte. Podría esperarla, pero ahora tampoco tengo tiempo.

Con dificultad tomo esta pistola fría. Su boca me besa. No hay arrepentimiento, se fue.

Yo y el gatillo.

Jalo.

Nada.

También me abandonaron las balas.

¡Perdí algo pero no sé qué!

a los dos Edgardos Pérez

Aquel día Simón amaneció inquieto. Las sábanas se habían enredado entre sus piernas y el despertador no había sonado a la hora indicada. Al querer levantarse de un salto, Simón cayó a lado de su cama. Todo parecía indicar que ese día no sería como cualquier otro.

Como Simón era muy positivo, quiso ver esa situación como un buen presagio y sonrió. Al sonreír notó una extraña sensación en su boca, como si le faltara un diente.

Pero al mirarse al espejo, se dio cuenta que su dentadura estaba completa. Ahí en el baño realizó las actividades de rutina: Lavar-se dientes, manos y cara. Sentarse a leer y... lavarse otra vez las manos porque es la ley: “antes y después de ir al baño”. Y una vez más, porque iba a desayunar. La ley también dicta “antes de cualquier alimento”.

Minutos más tarde, con las manos muy limpias, mientras calentaba el agua para su café, un recuerdo lejano del sueño invadió su pensamiento. Estaba caminando por un desierto y empezaban a llover hojas. Algunas escritas a mano y otras con máquina de escribir. Tomaba una para leerla y decía: “sigue buscando”. Tomaba otra y también: “sigue buscando”. Todas las hojas decían “sigue buscando”. En el sueño, Simón juntó todas las hojas y las engrapó con una palmera. Decidió no darle importancia al sueño y continuar con su desayuno. Finalmente el café ya estaba listo.

Antes de salir de casa se dio cuenta de lo que le pasaba. Todas esas extrañas sensaciones tenían un sentido. Simón había perdido algo, y no sabía qué.

Comenzó a buscar en la cocina. Era el último lugar en donde había estado y sabía que lo encontraría ahí. Se agachó hasta casi tocar el piso con su frente y se puso a recorrerlo con la mirada. Nada. Revisó debajo de la mesa y de cada silla. Se acordó que debía arreglar esa pata de la silla de la cabecera

que, aunque nadie usaba, tenía que repararse.

Pensó que tal vez lo que estaba buscando lo encontraría en el refrigerador. Lo abrió despacio, con miedo, como esperando que algo saltara encima de él de repente. Con el refri abierto completamente y la frente recargada en la puerta del congelador, notó que su acción era algo absurda. “Nadie pierde nada adentro del refrigerador”, pensó. Excepto la tía Margarita, que metió su cajita de maquillaje y se quedó ahí casi quince días.

Cansado de buscar en la cocina, regresó a la sala. Ahí solo había estado instantes antes de intentar salir rumbo a la oficina. Revisó los sillones, porque siempre encontraba ahí muchas de sus cosas perdidas. Metió la mano en cada una de las hendiduras de los muebles. Consiguió tres pesos, dos pasadores de su esposa y un chupón de cuando Mau tenía menos de un año.

Ahora estaba en su cuarto. Raquel se había ido a media noche al cuarto de Mau, así que destendió la cama desesperadamente. Arrojó la almohada por los aires. Revisó entre las sábanas y las cobijas. Un sentimiento de co-

raje invadió su pecho, ya que había tardado mucho tiempo en arreglar la cama y ahora ese esfuerzo se desvanecía. El aire que producen las sábanas al moverse lo hizo recuperar la calma. Se sentó abatido en la cama y reflexionó. ¿Dónde lo habré dejado? o mejor dicho ¿dónde habré dejado qué?, ¿por qué busco algo que ni siquiera sé que es?

En su cuarto comenzó a hacer un inventario para checar que nada le faltara. “1 Cajonera, 2 Cama, 3 Burós, corrección, 3 Buró mío, 4 Buró de Raquel, 5 Closet de aquí, 6 Closet de allá, 7 Banquito, 8 Revistero, 9 Armario, 10 Perchero, 11 Tocador. Once muebles. No falta ninguno. Cajón de hasta arriba: trece calzones, doce playeras, nueve pares de calcetines, seis calcetines sin par, (ya debería tirarlos), siete pañuelos, dos vendas grandes. Siguiendo cajón: nueve playeras tipo polo, seis playeras de futbol, (ya voy a regalar la de los Pumas, ya ni me queda), dos playeras de Six Flags, tres playeras con el logo de la empresa. Siguiendo cajón “nada, creo que no he perdido nada”. El último solo lo abrió y buscó de reojo, solo guardaba

papeles, cassetes y artículos que no importaba si perdía.

Se asomó debajo de la cama (¿ya lo había hecho?) Y abrió su cajón del buró por tercera vez.

Fue al baño nuevamente. Ahí solo había hecho algo que no quería recuperar. Su cepillo de dientes estaba en su lugar, la pasta igual. Apachurró la pasta para que quedara bien. El peine, la toalla (la acomodó), y el vaso de cristal seguían ahí. Puso un nuevo rollo de papel de baño. En el cuarto de baño definitivamente no faltaba nada.

Desesperado despertó a su esposa que dormía en el cuarto de Mauricio.

—¡Perdí algo! —gritó. —Pero no sé qué.

—Sí, mi amor. Perdiste tiempo —le contestó su mujer acomodándose nuevamente en la cama para seguir durmiendo.

La puerta se abrió despacio

Se abrió la puerta. Horacio descubrió que no estaba solo.

Ella por fin había llegado.

Por fin.

Horacio la había esperado adentro de su cuarto. Tenía miedo de salir, el mundo ya no era el mismo desde que ella se había marchado.

Si se había animado a salir, fue hasta la cocina. El mundo terminaba al final del pasillo, en la puerta gris del departamento que daba a la escalera.

El mundo de Horacio, sin ella, era un mundo sin sol, ni cielo. Era un mundo de techo y focos. Era un mundo de aire enrarecido y de tiempo sin horas. Las horas indefinidas después de la siesta, cuando la tarde parece mañana o la mañana parece tarde. Cuando los días se confunden con los años,

los años se confunden con las tardes y las semanas con los segundos. Cuando los relojes marcan los meses y los calendarios las horas.

Al principio era normal. La vida sin ella y sin palabras. La alacena que se fue vaciando poco a poco. Las cartas que se fueron acumulando debajo de la puerta. El teléfono que no sonaba menos de nueve veces. Que sonaba, que sonaba, que sonaba, hasta que dejó de sonar.

Puso a prueba su idea de que no era necesario cambiarse la ropa. Y mucho menos lavarla. Tiempo después comprobaría lo erróneo de lo que le habían enseñado en la escuela: las ratas sí pueden nacer de la ropa sucia. Descubriría que por no lavarse los dientes, éstos empezarían a podrirse y a los meses, a caer.

Alimentarse no requirió el mayor esfuerzo, el sabor de los hongos que crecían dentro del refrigerador no era tan malo.

Tomaba el líquido café que salía de un tubo, imaginando que era una deliciosa agua fresca sabor tamarindo.

La vida, sin ella, adquiriría un nuevo signi-

ficado. Un significado vacío pero real, como un pájaro lleno de aire. Horacio era un perro sin plumas desde que Helena lo dejó.

"Voy a un viaje" le había dicho. Pensó que regresaría al pisar el tercer escalón después de la puerta. Sabía que lo amaba y que no podría vivir sin él. Pero no.

Días antes lo había invitado: "¿No me quieres acompañar?" Pero Horacio no supo qué decir. Helena solo es Helena cuando está en su casa, entre sus paredes, en sus brazos.

Nunca había estado así. Horacio con Horacio. Sin mamá, ni papá y el "ponte tu suéter", sin Luis o Jorge y el famoso "ya vámonos". Sin Romina y sus gestos de desaprobación, y claro, hasta ese momento sin Helena. No, ahora era él para sí mismo. Una oportunidad para enfrentarse a sus sombras y tal vez, solo tal vez, a partir de eso, conocer qué luz las provocaba.

Un regalo de la vida para plantearse la existencia.

Pero nada. Horacio se descarapelaba de ausencia. Cambiaba de piel para no ser nadie. Se escondía tras las sucias sábanas, tras

las cortinas cerradas, tras las barbas que se llenaban de sebo.

Horacio siempre pensó que Helena no se había ido. Que era otro de sus caprichos. Que regresaría pronto. Que seguro estaba sentada en los escalones de afuera. Por eso se encerró en la casa y no quiso saber nada.

Hasta que llegó Helena.

La puerta se abrió despacio.

Horacio descubrió que no estaba solo y gritando con toda la fuerza de su corazón:

"¡Helena! ¡Llegaste!"

Y Helena con una gran sonrisa dijo:

"No cariño, no llegué. Se me olvidaron las maletas"

Misa de gallo

a Isaac Ezban

Los cumpleaños nunca son como uno se los imagina. En el caso de Camilo fue el regalo. Él sinceramente esperaba recibir otra cosa. Lo despertaron en la madrugada para celebrar su cumpleaños con una misa. Una solemne misa de gallo en la parroquia de Pantan. Odiaba levantarse antes que el sol, sin embargo hacía mucho que en su cumpleaños no había sido tan feliz. Durante el tiempo que le dieron permiso de estar en el jardín, pudo perseguir gallinas, comer granos de maíz y jugar con las lombrices de tierra. Caminar libre por todo el terreno sin que nadie lo molestara. Los primeros cumpleaños fueron muy diferentes a éstos últimos. Antes jugaba con sus primos. Él los perseguía por toda la casa con un trapo amarrado a los ojos. Cuando agarraba a alguien, tenía que adivinar el nombre. Después de atrapar

a todos y decir correctamente sus nombres, el juego volvía a empezar. A sus catorce años recordaba con gran cariño esas visitas que hacían sus primos al rancho.

Aquel regalo no era lo que él deseaba, pero tal vez sí lo que necesitaba. Eso solo lo podía saber su tía. Siempre decidía por él. No podía empezar a comer o sentarse en el piso sin antes pedirle autorización.

No se sentía limitado. Al contrario, pensaba que así podía vivir más tranquilo. Su tía lo cuidaba. Un día platicó con él y le explicó cómo habían muerto sus padres y cómo desde ese momento ella se había hecho cargo de todo. Ese día fue importante para Camilo, fue la plática más larga con su tía.

El regalo en este cumpleaños era un suéter rojo. Hacía años que no tenía uno. El frío ya era parte de su ser. Ya no lo sentía. Tanto tiempo sin cubrirse, viviendo al aire libre, habían hecho de él una persona resistente. Por eso consideraba el suéter como un accesorio inútil pero bonito. A ningún niño le gusta que le regalen un suéter en su cumpleaños.

Su tía se lo había comprado para que lo

usara. Había decidido amarrarlo al árbol desde hace ya más de ocho años, y creía que Camilo sabría valorar esa nueva prenda. Como cuando le compró unos zapatos para que no se resbalara en su caca. Durante la época de lluvias, no solo se llenaba de mierda y lodo, sino que también se le pegaban todas las plumas, haciéndolo sentir incómodo y frío. Por eso el suéter era otra muestra de bondad por parte de ella.

A veces le llevaba comida hasta abajo del árbol, y otras, la mayoría, solo le aventaba las sobras desde la ventana de la cocina. Casi nunca se acercaba a él y solo le decía lo necesario.

Camilo nunca desobedecía. Seguía al pie de la letra la instrucción de no caminar alrededor del árbol para no atorarse. Sabía que cuando había visitas él no debía hacer ningún ruido. Su tía lo amaba, por eso cuidaba de él. Esta vez no le dijo claramente que tenía que ponerse el suéter. Solo le gritó: “Úsalo”. Y él lo había usado de almohada, no solo por lo difícil que era ponerse algo, sino porque también quería apoyar su cabeza al dormir.

Nunca se había acostumbrado al suelo y quería poder descansar una noche completa sin que los perros le lamieran la cresta. Ya le había pedido una almohada o un colchón y creía que de cumpleaños ella le acercaría ese cojín viejo que había tirado afuera de la casa. Pero recibió el suéter.

Camilo descansaba con la cabeza sobre el suéter rojo cuando se le aproximó. Se acercó más que de costumbre. Estaba molesta por no ver a Camilo con el suéter puesto. Sin despertarlo desató el nudo que ataba a su sobrino al tronco del árbol. Tenía que ser cuidadosa y no hacer ruido para cortar de un solo hachazo el ala izquierda. Camilo se despertó cuando la sangre ya escurría por su costado. Quiso quitarse, reaccionar, tal vez darle un picotazo con esa nariz que siempre le había parecido muy dura, pero su tía ya estaba a punto de cortarle la otra. Aún sangrando, lo obligó a ponerse el suéter.

—Así te verás más civilizado— le dijo.

Nunca más lo volvieron a llamar Niño Gallo cuando lo veían en misa. Definitivamente, ese fue el mejor regalo que pudo recibir.

Pantan

Aquí esPantan.

El piano amargo

Perfecto. Hasta la última nota.

La multitud espantada se desgajó en aplausos.

Con suave temblor en las manos cerró el piano.

El sudor bajaba lento por el cuello.

Los pies, clavados en el piso,
su presencia imponente,
el artista consagrado.

Mantuvo intacto su silencio.

Un dolor profundo atravesaba su alma,
se había machucado un dedo.

Ponte en mis zapatos

a Begoña Cosío.

“Yo ya tenía treinta y tantos cuando conocí a Begoña” me empieza a contar Mauricio. “Ella también andaba acercándose a los 35. No sé si 33 o 34, pero aún tenía esa sonrisa de travesura que supongo que traía cargando desde que era niña”. Mauricio se acomoda en su silla, “en ese entonces ella no era tan famosa como hoy, pero digamos que ya se perfilaba, ya se le veían tintes de lo que llegaría a ser. A mí en ese entonces, solo me gustaban mucho los zapatos. No tanto como a ella, pero sí me encantaban. Y me habían empezado a gustar desde la universidad, porque hice un trabajo de investigación de la historia del zapato, y luego, obviamente, el gusto fue creciendo y creciendo.

“Nunca pensé que fuera a llegar a tales límites. Sí, claro que conocía todos los museos del zapato del mundo, y tenía catorce libros

del tema. Pero hasta ahí. Begoña tenía en su casa en ese entonces una recámara exclusiva para todos los pares que había comprado. Más de 500 pares antes de conocerla. ¿Que cuándo, y dónde la conocí?” Me dice Mauricio sin que yo haya hecho el menor gesto de preguntarle nada. “No recuerdo” se contesta. “No recuerdo en dónde ni que día. Tengo un vago recuerdo de que todo empezó con ‘¿Tú eres el que sabe mucho de zapatos?’ creo que me preguntó, con un tono un poco altanero, como poniéndole más brillo a la palabra “mucho” para que sonara como un cumplido o como una ironía clara y radiante. Yo, intimidado, no supe que contestar y volteé a ver el suelo. De hecho vi mis zapatos y eso ella lo tomó como un sí.

“A partir de ahí nuestra amistad tomó forma. Es decir, fuimos haciendo como un zapato de nuestra amistad. Desde recortar el cuero, es decir, definirnos cada uno de nosotros, poner límites, marcar el borde, hasta coser momentos, compartirlos, pegarlos, amoldarlos, no sé si ella piense que nuestra amistad fue como un zapato, pero yo lo noté

así desde el principio. O esa es la historia que me quiero contar.” confiesa Mauricio. “Yo ya tenía ganas de hacer un gran museo, algo como lo que vi en el Laffayette cuando fui a Pantan” y lo dice con un tono de conocedor. “Pensé que podía hacer un buen museo del calzado en México. Mejor que el del Borceguí. Sinceramente, nunca me imaginé cómo se iban a dar las cosas, pero tanto ella como yo empezamos a juntar la mayor cantidad de piezas posibles. Y a leer más literatura sobre el tema. A desayunar, comer y cenar catálogos. En menos de dos años, ya teníamos la mayor colección de Latinoamérica. Habíamos invertido todo nuestro dinero y tiempo en buscar las piezas más difíciles de encontrar.

“Un día tuvimos que viajar en motocicleta durante tres semanas por diferentes aldeas de África del Este para conseguir los que están hechos de botella de refresco. El recorrido comenzó en Nakuru, pasando por Kisii y Migori, hasta atravesar la frontera y llegar a Tarime, donde un vendedor de plátanos me bautizó con el nombre de Chacha y me ven-

dió sus zapatos de botella de plástico. Otra vez, pagamos un crucero por los mares del Sur para estar cerca de Tim Walton, el excéntrico entrenador de softball y poder tener sus zapatos, tuvimos que aplicar las técnicas del curso de espionaje tomado en Ottakring, cerca de Viena, para entrar a su suite y robarle el par de zapatos Teddy de diamante que él tanto amaba. Hicimos de todo por conseguir piezas de calzado. Íbamos a todas las subastas, ferias y festivales. Conocíamos a todos los diseñadores, artesanos y zapateros del mundo. O mejor dicho: después de ese tiempo, todos los diseñadores, artesanos y zapateros del mundo nos conocían a nosotros. Phil Zwibel de Toronto, nos preguntaba qué zapatos importar a Canadá. José Amat Amer de Elda nos mandaba sus libros para que los aprobáramos antes de publicarlos y Valerie Steele de NY nos consultaba para la curaduría de las exposiciones de calzado en el FIT. Manolo Blahnik, Roger Vivier y Alex McQueen nos mandaban sus bocetos para aprobación.

“Obviamente lo de la fundación fue algo

que nació prácticamente solo”. continúa Mauricio ya emocionado. “La gente ya nos conocía, y pensaban que ZaPaTo (Zapatos Para Todos, A.C), como bautizamos a esta gran ONG mundial, con sede en Zurich, sería una institución de beneficencia. Seamos sinceros, la gente escucha la palabra fundación o las siglas ONG y piensa en automático que es para ayudar a los pobres. Pobres ellos, pobres de mentalidad. Aunque de alguna manera nosotros éramos los pobres, ¿no? Necesitábamos más y más zapatos. Los necesitábamos para nuestra colección. Y cuando alguien necesita algo es pobre. La RAE lo dice en su primera definición. Pobre = necesitado”. Mauricio voltea a verme, buscando algún gesto de aprobación de mi parte, pero yo estoy enfocado en transcribir su historia y volteo dos segundos después. Sigue con la historia. “En fin, la gente se dejó llevar por el nombre de Zapatos Para Todos y empezó a donar zapatos. Más zapatos. Nos llegaban de todo el mundo. Paquetes de DHL, UPS, y Estafeta con remitentes en idiomas tan extraños que los encargados

de correos los entregaban a nuestra dirección no porque lo hubieran leído, sino porque sabían que si eran zapatos, eran para nosotros. De Kalaallit Nunaat nos llegaban pares hechos con aletas de Pingüino Emperador. De Stanley, en las Malvinas, el par de mocasines del obispo-comisario de Christ Church Cathedral, en Ross Road. Recibimos unos zapatos de cordero curtidos en sal del chamán musulmán de Pavlodar en Kasajistán. En fin, muchas personas, pero muchas personas, donaron sus zapatos. Hasta los indigentes nos donaban zapatos. Así fue como nos hicimos de muchos. Ahí el número de piezas excedía ya los tres mil millones” suspira. “Ya sé, suena increíble, pero teníamos contados cada par y lo más maravilloso era eso, que todos tenían par. Eran ya trece edificios llenos de calzado. Y cuando digo edificios, me refiero a eso, rascacielos. Nuestras bodegas estaban en las principales ciudades del mundo, por cuestiones estratégicas. Obviamente, el mundo se empezó a enterar de nuestra labor. Ya no era el proyecto de un museo, ni siquiera era el museo más grande de zapatos del mundo.

No, ya era –y yo no lo podía creer– la colección de zapatos más grande que haya existido jamás. Cuando el gobierno de Polonia decidió que los zapatos de Auschwitz serían donados en comodato a nuestra colección, nos metimos en un problema. No había espacio para ellos en ninguno de nuestros edificios, así que decidimos construir un espacio para ellos en el lugar en el que nos dijeron que pertenecían. Quisimos hacer un edificio entre Bayt Awa y Shekef. Pero vaya que fue un problema complejo. Ninguno de los dos países quería que pusiéramos ahí los zapatos en un principio, pero después, los dos países querían que pusiéramos ahí los zapatos. Se dieron cuenta de la importancia política que tenía para ellos tener un museo de nuestra colección en su territorio. Al final, recibimos dos telegramas. Uno decía: “Next year in Jerusalem” y el otro decía: “Masha Allah”. Fue muy difícil para nosotros tomar una postura. Así que los trajimos para Pantan. Pero aún podíamos ir más lejos. Es decir, nuestros zapatos podían ir más y más lejos. Se atraían entre sí. Nosotros solo éramos los títeres de

este gran teatro. La manifestación tangible, la expresión humana de esta atracción intensa e imperceptible que hay entre ellos.

“Nosotros éramos un par. Y competíamos entre nosotros, como compite el izquierdo en no solo alcanzar, sino superar al derecho. Si ella conseguía robarse las pequeñas sandalias que había usado Cayo Julio César Augusto el día de su muerte, y por las cuáles había recibido el apodo de Calígula, yo conseguía las botas que había usado Neil Armstrong ese 20 de julio del 69. Si ella compraba los zapatos invisibles que caminan solos, yo conseguía los zapatos para las personas sin piernas. Los que impiden caminar, contra los que no son para humanos. Ella y yo. Izquierdo y derecho. Avanzar compitiendo.

“Pero ese no era el único par. Hacíamos par (ella y yo juntos, representando a la humanidad como una sola cosa) con los mismos zapatos. Entre ellos y nosotros también había una competencia que nos hacía caminar. Si creíamos que acabábamos de conseguir la pieza más extraña, más diferente, más inverosímil, surgía por ahí el rumor de un

par que aún no poseíamos. Y en su búsqueda, nos encontrábamos otros ejemplares más extraños que inmediatamente comenzaban a formar parte de nuestra colección. Llegó un punto en el que la gente ya caminaba descalza por todo el mundo. Era una liberación. Todos los zapatos los teníamos nosotros. Todos. Solo nos faltaban un par de pares, Bego se obsesionó con eso, pero ninguno se atrevía a dar ese paso.

“Hasta ese día” y traga saliva Mauricio “ese día, Begoña decidió llevar las cosas hasta el extremo. Y yo...” respira “...y yo, yo quedé fuera de su plan.”

Las palabras se le agolpan a Mauricio en la boca y en las sienes. Los vasos y arterias se le inflaman causando una arteritis en los frontales a la cual yo no sé cómo reaccionar.

Mauricio no terminó la plática. Me lanzó una mirada pidiéndome consideración, y un poco de compasión para terminar de escribir su historia y después de una breve e insulsa sonrisa de mi boca, agradeció por haberme atrevido a escucharlo y por mi deseo irrefrenable de querer publicar su historia.

“Gracias” me dice. “Gracias por venir aquí, a Pantan y escuchar. Gracias, porque aunque todos piensen que es un cuento, tú y yo sabemos la verdad. Bego fue capaz de todo”. Y después de estas últimas palabras, se alejó lentamente, volteando a verme como el escritor, como aquél que contará su historia, cómo aquél que no hace sino acomodar una a una las palabras para que parezcan ciertas. Y empujando las llantas de su silla de ruedas con sus fuertes brazos, se alejó para siempre, adentrándose en el infinito mundo de la ficción.

Venturosa Familia

a las dos Gelas.

No era el aire. Eran ellos los que respiraban mal. Al revés. Cada vez que querían que entrara el aire, terminaban vacíos. Cualquier esfuerzo era inútil. Era un mal de familia. Nadie sabía cómo sobrevivían, pero sobrevivían. Y vaya de qué manera. Los había visitado la prensa local y un investigador del canal de televisión Medical Science, quien les recomendó un médico especialista en movimientos respiratorios y de diafragma que habitaba en Inglaterra. Pero ellos no querían consultarlo. Se sentían contentos con la “respiración inversa” como la llamaban todos sus conocidos.

Pero no era únicamente que respiraran al revés. Era más complicado. Cuando soplaban, además de llenar sus pulmones, también se les inflaban los ojos y las manos. Al principio les daba miedo. Después se acostumbraron.

El primero en convertirse fue el abuelo Luis. Una tarde estaba tomando su siesta como acostumbraba. Por fuera, roncaba como siempre. Por dentro, soñaba que tenía que inflar un globo muy grande, el globo terráqueo. Solo tenía dos minutos para terminar. Si no lo hacía...

En ese momento sonó el teléfono. En el sueño, la interrupción causó el colapso de la Tierra y en el abuelo, un atragantamiento de aire. Desde ahí empezó a respirar al revés.

Los demás se contagiaron, y la estirpe que vino después lo traía en los genes.

Primero la abuela. El día que cumplían cincuenta y dos años de casados decidieron darse un beso de regalo. Un beso en la boca. Eso contagió a la abuela.

La tía Margarita se contagió al día siguiente cuando tomó agua del mismo vaso que el abuelo. Ella fue la que sufrió más. Respirar al revés le causó tanto miedo, que pensó que era un problema mental. Recorrió todos los consultorios psicológicos; habló con el obispo y con una astróloga que le dijo que el problema eran las órbitas de sus

planetas, que giraban en sentido contrario haciendo que el aire saliera de su nariz en lugar de entrar.

Nadie sabe cómo se contagiaron los demás.

Se cree que el primo Luis fue el último. Pero él se contagió voluntariamente al ver que los demás se hacían cada vez más famosos. A él fue al que se le ocurrió hacer el negocio.

“Se inflan globos, se apagan velas, se chiflan melodías, se sopla el polvo” eran algunas de las frases que acompañaban la publicidad de la familia. Pronto tuvieron éxito. Los clientes pagaban cada vez más por ver el espectáculo de la familia que tocaba instrumentos de viento mientras llenaban de aire botes con agua. La frase de “chiflar y comer pinole” era su slogan.

La tía Martita se dedicó durante toda su vida a inflar todas las llantas de todos los automóviles oficiales de todas las Secretarías de Estado.

Ramón, el chico, puso su negocio de efectos especiales para cine en California. La película “Lo que el viento se llevó”, se iba a

llamar “Lo que ahí se quedó” si no hubiera sido porque él puso el viento.

Incluso Juan, el más tímido, encontró una gran oportunidad en el aeropuerto. Le construyeron una torre especial, desde donde él inhalaba con todas sus fuerzas para espantar las tormentas y contrarrestar los vientos a fin de que los aviones aterrizaran sin dificultad. Todo bien. El dinero ya no era problema. Podían respirar tranquilos. Al revés, pero tranquilos. O tal vez tranquilos por la ventura de respirar al revés. Se hicieron ricos, el viento soplaba a su favor.

Hasta entonces.

El abuelo agonizaba. Dio el último suspiro y no murió. Nadie sabía qué hacer. Todos alrededor de la cama exhalaban agitados. Después de que el abuelo siguió respirando, el sacerdote que había llegado de emergencia para despedir al difunto tuvo que salir sigilosamente por la puerta. De la misma manera, se escabulló el encargado de la funeraria. Las plañideras lloraban, pero porque no se les iba a pagar. El hecho de que el abuelo no muriera cambió la historia de la familia para

siempre. El último suspiro no ultimado cayó como un balde de agua fría sobre la conciencia de todos. ¡No morirían nunca!

Lo mismo pasó con el primo Luis. Cansado de tanto negocio airoso y de que siempre le fuera bien, decidió ser escritor. Y como buen escritor, fracasó. Intentó suicidarse, pero no pudo.

La abuela y la tía Margarita tomaron veneno del mismo vaso y solo les dio diarrea.

Román se aventó del edificio más alto del pueblo, un rascacielos inmenso que en su interior solo almacenaba zapatos. Después del golpe, solo tenía moretones. Martita se ahorcó. Juan se cortó las venas. Ninguno murió.

Otro día, se abrazaron alrededor de una bomba. No volaron en pedazos como querían.

Cansados, cansadísimos, llegaron a una simple conclusión: como eran personajes de este cuento, no morirían jamás.

Y decidieron aprovecharlo, nuevamente. Nuevos aires, nuevos bríos. Decidieron convertirse en piezas de museo. Hablaron con Raúl, aquel exconvicto por asesinato que

ahora era Alcalde de Pantan. Le propusieron la idea de hacer un museo. Él aceptó la propuesta de esta venturosa familia y hacer una obra que lograra poner los ojos del mundo en su ciudad: un museo para exhibir a los personajes de Aquí. Aún hoy, usted los puede visitar en la exposición permanente del museo Laffayette en la ciudad de Pantan, donde nuestros queridos personajes con gusto lo recibirán. Usted obtendrá una bonificación del 25% en su entrada al museo al mencionar este cuento.

Amaneció y mi casa era la frontera

a Lalo Garciarreal

Siempre tuve miedo a los límites. Y ahora resulta que vivo en el límite.

Ya me lo habían avisado. Notificaciones de ambos lados. Citatorios para ir a la corte internacional y resolver mi caso particular. Invitaciones muy formales por parte de los dos presidentes para ir a tomar el té, una copa, o ir a cenar a sus casas. O la mejor: autoinvitación del gobierno a cenar en mi casa. Rechacé todas. Me encerré y encerré a mi familia. No era posible que cumplieran tanta amenaza. Era absurdo que fueran a dividir mi casa en dos por asuntos políticos.

Pero sucedió.

Amaneció y mi casa era la frontera.

Sin que ninguno nos diéramos cuenta, ya había oficinas de migración en el pasillo y un puesto de aduana en la escalera.

Mi esposa, que ahora era extranjera para

mí, me dijo desde el otro país: “¿Qué está pasando, amor?” pero no logré entenderla. Parecía que hablaba en otro idioma. Parecía que no pasaba nada entre nosotros, o al menos eso quería creer. Mi esposa y yo no teníamos ningún problema, únicamente se empezaba a construir una gran barrera entre nosotros.

Cuando quise ir al baño para lavarme la cara, y tratar de entender mejor la situación, o lavarme las manos y creer que con eso me deslindaba de responsabilidades, me detuvo una patrulla fronteriza y después de inspeccionar mi bata, hacerme pocas preguntas, pero de esas que te dejan frío, me dejaron pasar. “¿Por qué me está viendo así?” me preguntó, “¿en dónde estuvo ayer en la noche?” “¿por qué no llegó temprano?” “¿a dónde va en este momento?” Se parecían tanto las preguntas que me hacía a veces mi mujer que llegué a dudar si ella lo había mandado a cuestionarme.

Mis hijos, que siempre habían estado del lado de su madre, en lugar de saludarme con el tradicional “Buenos días”, que decían entre dientes, esta vez me gritaron “¡Traidor!” pero

eso sí lo entendí, parece que eso sí lo dijeron en mi idioma.

Alguien me tiene que explicar esto. Yo no he hecho nada malo, ¿o sí?, pensé, mientras sacaba ilegalmente la ropa del cajón, para vestirme.

Ya desayunado pedí hablar con la autoridad. “Aquí no hay ninguna autoridad” me contestó el soldado que me cuidaba. “Quisiera hablar con el responsable de esta situación” y se rieron un poco de mí. “¿Con la autoridad de qué país? ¿Del País de lo Posible o lo Imaginario?” Me preguntó el soldado. “Hablar con la autoridad de lo Posible, supongo” dije “si es posible”.

Y llegó el comandante. Me mostró todos los papeles. Desde el acta fundacional de cada país, hasta mi acta de matrimonio, ya un poco vieja. Era oficial, la madrugada anterior los dos gobiernos habían firmado un acuerdo. “No me acuerdo el nombre del acuerdo” me dijo el comandante. “Pero bueno, Aquí está el acuerdo.” Me hizo firmar documentos en ambos idiomas, me dio información turística de ambos países y me

dijo: “Bienvenido a su casa”.

A pesar de saber que estaba en mi propia casa, me sentía extranjero. Sentía que tenía que ser nuestra casa. Una casa no es casa si no es nuestra.

Para ir al patio necesitábamos visa. Y para tramitar la visa, hacían falta tres meses de trámites.

Si me lavo los dientes estoy en mi país, pero si me meto a bañar, ya fui de viaje.

Subir alimentos de la cocina requiere un pago de impuestos aduanales en la escalera y esperar una semana a que llegue el embarque.

Mis hijos están contrabandeando golosinas y mi deber como ciudadano es denunciarlos, aunque sé que no lo voy a hacer. Solo se lo comento a su madre, que parece no importarle.

La cocina y el cuarto de tele están en lo Posible. El cuarto de mis hijos, mi bella sala y el comedor están en el territorio de lo Imaginario. Y el baño, y mi cuarto están entre lo Posible y lo Imaginario. A veces, saliendo del baño pienso: Esto no puede ser Posible. Otras veces, al salir de mi cuarto pienso: Lo que acabo de hacer Ahí dentro, parece Imaginario.

En lo que va del día, ya he notado diferencias culturales y sociales en cada país. Mis hijos, por ejemplo, se comportan ya como todos unos seres imaginarios, es decir, se hacen invisibles para los demás, casi no hablan y estoy seguro que leen mis pensamientos. He llegado a dudar de su existencia.

Por otro lado, la relación con mi esposa, ya que los dos vivimos en el límite, a veces es Posible y otras, digamos que requieren ciertos trámites. Lo imaginario funciona y funciona muy bien, pero solo de mi lado. Ella a veces comenta en un idioma que trato de entender: “Es que tú no me entiendes”. Ni imaginar cómo sería si estuviéramos juntos Aquí. Por eso decidí demoler mañana todo el lado de lo Posible. Rociar gasolina con ayuda de mis hijos imaginarios y prender fuego a la tele y a la cocina. Esperar que el fuego no sea posible. Esperar que mi esposa sea imaginaria. Esperar que estos personajes puedan vivir en los bordes ya deshechos entre lo Posible y lo Imaginario. Esperar que esta casa siga Aquí.

El Monstruo Oficial de las Grietas, Hendiduras y las Puertas Semiabiertas

a Arturo Pérez Sámamo

La noche era tal vez solo un poco más fría que las anteriores. Sin embargo Arturo se enredó en sus cobijas porque un raro escalofrío cimbró todo su cuerpo. Un extraño presentimiento lo envolvía.

La oscuridad dominaba el ambiente. Ningún ruido, ni familiar, ni extraño despertaban en Arturo la sospecha del mal que lo acechaba. Dormía plácidamente.

Solo un recuerdo lo incomodaba, el no haber cerrado bien la puerta izquierda de su armario.

De pronto, por el pequeño espacio que quedaba entre la puerta de su closet entreabierto, apareció El Monstruo Oficial de las Hendiduras, Grietas y de las Puertas Semiabiertas. El monstruo que si pronuncias su nombre completo desaparece.

Arturo despertó. Pero el miedo paralizante hizo que no pudiera gritar ni moverse

mientras el Monstruo Oficial de las Puertas Semiabiertas, Grietas, y Hendiduras se metía lentamente entre las uñas de sus pies y manos causando un dolor indescriptible, un pavor impresionante.

Intentó decir el nombre del monstruo, pero no sabía si primero eran las hendiduras o las grietas. De lo que sí estaba seguro era que era oficial y que quizás las puertas eran lo último. Pero eran ¿“las puertas abiertas” o “las puertas entreabiertas”?

Su mente trataba de recordar el libro donde había leído la historia. Era un libro viejo, regalo de su centenaria abuela. Un libro que hablaba de personajes extraños. Recordaba a un niño gallo, a una mujer que había sido asesinada por leer un manuscrito, a una familia que respiraba al revés, incluso se acordaba de Mauricio, un hombre que el amor le hizo perder la cabeza y las piernas. Incluso en ese libro, aparecía este mismo cuento: El Monstruo Oficial de las Grietas, Hendiduras y de las Puertas Semiabiertas. Pero en estos momentos Arturo no se acuerda de este nombre y mientras lo intenta, el Monstruo

Oficial de las Grietas, Hendiduras y de las Puertas Entreabiertas se lo está comiendo poco a poco.

Arturo quiere recordar y no puede. Solo recuerda el libro, pero no el nombre del monstruo. Recuerda perfectamente que era un libro realmente bello e impactante. Un libro de este tamaño. Recuerda el cuento, recuerda que era el penúltimo. Se trataba de un niño que dormía, y que había dejado la puerta de su closet sin cerrar, pero no recuerda el nombre del monstruo que se le aparece y se lo come. Y tal vez ya no pueda recordar porque el Monstruo Oficial de las Hendiduras, Puertas Medioabiertas, y Grietas,, le fue chupando el cerebro. Con la mitad del cerebro es difícil recordar.

Cuando se está en una situación de vida o muerte es difícil que la mente recuerde datos almacenados en la memoria. La memoria requiere que nuestra atención esté centrada en recordar, no en conservar la vida.

Mientras leíamos el párrafo de arriba, el cuerpo de Arturo se convirtió en una explosión de carne y sangre, y la extraña criatura de

la noche se multiplicó en millones de seres diferentes pero igual de espantosos, quienes trepaban las paredes del cuarto en busca de pedazos de Arturo para alimentarse y reproducirse, para crecer y poblar la ciudad. Para invadir todo Pantan. Para que la gente diga Aquí espantan. Para que tú, cuando cierres este libro, te des cuenta que dejaste la puerta de tu closet un poco abierta.

Forchenblis

A Elsa Sánchez Sámano

En un lugar llamado Forchenblis, vivía un señor que se llamaba Forchenblis.

La gente que quería visitar el lugar, llegaba con él y le preguntaba:

"¿Disculpe, Forchenblis?"

A lo que él respondía "a sus órdenes" y los turistas, generalmente chinos, lo perseguían con cámaras fotográficas. No creían que existiera un ser humano tan maravilloso. Ni siquiera en el museo Laffayette habían visto algo así.

Él, desesperado, luego de quitarse a tanto turista chino, les explicaba: "Forchenblis no soy yo, bueno sí, pero ustedes buscan a Forchenblis, no a Forchenblis". La gente confundida se enojaba, lo dejaba solo y se iba del lugar.

Un día unas personas fueron a buscarlo. Eran sus parientes lejanos, venían de Pantan. Llegaron al lugar y le preguntaron a un

carnicero gordo y ensangrentado: "Disculpe, ¿Forchenblis?", a lo que el carnicero, de nombre Raúl, respondió: "Aquí es Forchenblis".

Los parientes lejanos no entendieron, y como eran de Pantan, se asustaron y se fueron.

Un trágico día, murió Forchenblis, no sin antes pedir que se entregara un manuscrito a los parientes de Pantan y pedir que lo leyeran todos juntos. El día que murió Forchenblis, desapareció el lugar con todos sus habitantes.

Meses después, reunidos todos los parientes de Pantan leyeron el manuscrito. El manuscrito decía:

Forchenbles.

Había un señor que se llamaba Forchenbles, y vivía en un lugar que se llama igual: Forchenbles.

Cuando alguien quería conocer el lugar, se acercaban a él y le decían: "Una disculpa, ¿Forchenbles?"

Y él con una sonrisa respondía: "Aquí estoy, a sus órdenes" Y los japoneses que siempre eran los turistas, lo perseguían con sus cámaras de fotos. No podían creer que existiera alguien tan extraordinario, ni siquiera en el museo Lafayurte habían visto a alguien así.

Él, desesperado, luego de quitarse a tanto turista japonés, les daba la misma explicación: "Forchenbles no soy yo, bueno sí soy yo. Pero ustedes buscan al verdadero Forchenbles, el lugar, no a Forchenbles, la persona". Las personas casi nunca entendían, en cambio, se enojaban, lo dejaban solo y se iban del lugar.

Una tarde, sus parientes de Pantan vinieron a buscarlo, tenían ganas de conocerlo porque solo habían oído hablar de él, pero no tenían el gusto, nunca habían disfrutado de su presencia. Llegaron al lugar y le preguntaron a un niño con alas que estaba amarrado a un árbol: "Disculpa Niño-Gallo, ¿Forchenbles?", y el niño amarrado al árbol, contestó con un graznido incomprensible, que parecía indicar que aquí era Forchenbles.

Los parientes lejanos no entendieron, y como eran de Pantan, se llenaron de pánico y decidieron irse.

Un día trágico, murió accidentalmente Forchenbles. Antes de morir, dejó un texto y la indicación de que lo leyeran todos sus parientes de Pantan. El día que murió Forchenbles, desapareció el lugar y desaparecieron todos sus habitantes.

Algunos meses después, se reunieron todos los parientes de Forchenbles en Pantan, para leer el texto que decía lo siguiente:

Fürchenblues.

Hace poco tiempo, en el pueblo de Fürchenblues, nació un hombre llamado igual: Fürchenblues.

En repetidas ocasiones, cuando alguien quería visitar el lugar, se acercaban a él y le decían: “Buenas tarde, una disculpa, ¿Fürchenblues?”

Y el hombre, con una gran sonrisa respondía: “Dígame, aquí estoy, a sus órdenes”. Los turistas, que casi siempre eran coreanos, lo

perseguían con sus cámaras de fotos. Jamás habían visto a alguien tan extraño y tan misterioso. Un ejemplar digno del gran museo Lafaryenguet. Valía la pena tomarse fotos con Fürchenblues en Fürchenblues.

Él, desesperado, se quitaba de encima a cada uno de los turistas coreanos y les daba la misma explicación: "Fürchenblues no soy yo, y al mismo tiempo sí soy yo. Fürchenblues es el lugar, pero también soy yo". Las personas casi nunca entendían, y molestas, lo abandonaban y abandonaban el lugar.

Una tarde, sus parientes de Pantan vinieron a buscarlo, tenían ganas de conocerlo porque solo habían oído hablar de él, pero no tenían el gusto, nunca habían disfrutado de su presencia. Llegaron al lugar y le preguntaron a una mujer que cargaba con bolsas y bolsas de zapatos: "Disculpe señorita, no buscamos molestarla, usted nos podría decir ¿dónde encontrar a Fürchenblues?". La bella mujer les aseguró darles información a cambio de que le donaran sus zapatos. No solo los que traían puestos, sino los que cargaban en sus maletas.

Y ellos, después de haberlo hecho, recibieron la respuesta fría y confusa: “Aquí es Fürchenblues”.

Los parientes, por ser de Pantan, se espantaron y se fueron.

El día que murió Fürchenblues fue un día importante para la historia. No solo porque ese mismo día desapareció el lugar, sus habitantes y cualquier registro en los mapas, libros e Internet acerca de su existencia, sino porque Fürchenblues, dejó un manuscrito para este escritor y la petición de ser publicado. El manuscrito se intitulaba: ...

Carlos José Pérez Sámano,
*a 16 de septiembre del 2014
desde la Ciudad de México,
llamada también Aquí, Forchenblis,
Forchenbles, Fürchenblues, Pantan, el
País de lo Posible, el
País de lo Imaginario
o como tú lo quieras nombrar.*

Lo que hay Aquí

- 13 Agradecimientos
- 17 Los desvelos de la imaginación. Prólogo
- 21 Asiento 7A
- 27 Setecientosmilcuatro
- 33 Bacon & Paper
- 37 Remington
- 39 ¡Perdí algo pero no sé qué!
- 45 La puerta se abrió despacio
- 49 Misa de gallo
- 53 Pantan
- 55 El piano amargo
- 57 Ponte en mis zapatos
- 67 Venturosa Familia
- 73 Amaneció y mi casa era la frontera
- 79 El Monstruo Oficial de las Grietas,
Hendiduras y las Puertas Semiabiertas
- 83 Forchenblis

Otros Títulos de Editorial Adzurdum

Basurto, Regina. *Sangre de mi alma* (2013)

Pérez Sámano, Carlos José. *África: Sueño de
sombras largas* (2012)


¿Deseas publicar con nosotros?
ponte en contacto:
adzurdum@gmail.com



Carlos José Pérez Sámano (1985-)

Viajero en búsqueda de la aventura que no existe, acampa en desiertos, bosques o montañas, en dado caso que sí. Recorre por las noches las letras de su antigua máquina de escribir para descubrir las narraciones que le son reveladas en el humo que emana de sus cigarros. Lector ávido de un argentino llamado Julio que le ha otorgado el delirio de soñar sobre papel, seguidor de un gringo de nombre Ernest al cual imita en su sed etílica para inspirarse. Poeta de narraciones cotidianas que hace mágicos esos objetos con los que convivimos a diario. Conservador de una antigua tradición de contarse a sí mismo lo que le acontece en su día a día sin ningún afán más que de seguir contando historias. Todo ello se amalgama para crear en su espíritu a un escritor que quiere hacer verosímil lo absurdo del mundo.

www.elmejorescritordelmundo.com

 carlosjoseperez

 carlosjoseperezsamano

Cuentos desde Aquí
se terminó de imprimir en
diciembre de 2014 en los talleres
gráficos de Impresiones Editoriales
FT, S.A. de C.V. En su composición se
utilizaron tipografías varias, papel, tinta,
e imaginación. La formación y la edición
estuvieron a cargo de Jave Villanueva. Se
tiraron todos 1000 los ejemplares más
los sobrantes, esperamos que
por lo menos haya sido en su
debido contenedor de
reciclaje.